

CULTURA

China censura a Peppa Pig por su uso en redes sociales

XAVIER FONTEGLÒRIA, Pekín
Cuesta imaginar que Peppa Pig, el personaje de dibujos animados cuyas andanzas triunfan en todo el mundo, pueda ser acusada de incitar a la subversión. Pero en China han sido retirados todos los contenidos relacionados con el personaje de la plataforma de videos cortos Douyin, que funciona de forma similar a Snapchat. Peppa Pig se ha convertido en un icono no solamente para los más pequeños, sino también para muchos jóvenes, algo que preocupa a unas autoridades obsesionadas por el control de las redes sociales.

La plataforma Douyin ha eliminado hasta 30.000 videos cortos vinculados con la cerdita. El personaje se ha situado al mismo nivel que los desnudos, las armas de fuego o los cultos religiosos.

Peppa Pig es enormemente popular en China. Sus episodios se emiten en un canal estatal para niños desde 2015. El problema no radica tanto en el contenido de la serie, sino en el uso que hacen del personaje los internautas adultos. Peppa Pig es protagonista de innumerables memes y bromas en las redes sociales generados por los usuarios, incluidos muchos de un evidente humor negro.

Numerosos jóvenes han acogido a la cerdita en su versión más gamberra como una vía de escape ante la enorme presión a la que están sometidos en una sociedad cada vez más competitiva. "Se los considera unos vagos ingobernables y la antítesis de las jóvenes generaciones que el Partido Comunista espera cultivar", dice un periódico sobre este colectivo. En un movimiento similar, los censores prohibieron hace unas semanas los símbolos, comportamientos y letras provocativas en las canciones de hip-hop.



Ersi Sotiropoulos en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, el 17 de abril. / VÍCTOR SAINZ

Ersi Sotiropoulos novela al Kavafis aprendiz de poeta

La escritora, premio Nacional de Literatura de Grecia, critica a los editores porque "arriesgan poco" con obras experimentales

M. ANTONIA SÁNCHEZ-VALLEJO
Madrid

La escritora griega Ersi Sotiropoulos (Patras, 1954) recrea en *Qué queda de la noche* (Sexto Piso) un episodio desconocido de la vida del poeta Konstantinos Kavafis (1863-1933), "un momento del que no hay testimonios" y que ha tenido que inventar haciéndose preguntas para reconstruirlo. El episodio en cuestión son tres días de la vida del griego alejandrino a París en 1897, acompañado por su hermano John y lejos de la figura castrante de su madre. "Fue el único viaje de placer que hizo en su vida y en él Kavafis, lejos de la Alejandría provinciana de entonces, se topó con el París del modernismo, donde Proust empezaba a escribir y se daban cita artistas de todo el mundo porque era la meca de la cultura", dice la autora.

La idea le vino a Sotiropoulos en 1984, cuando vivía en Roma y comisarió una exposición sobre

el poeta. "Fue una etapa crucial, en la que Kavafis, entonces en la treintena, se plantea su identidad erótica, sexual, muy imbricada en su obra posterior. Antes de viajar a París, sus poemas eran duros, secos; a partir de ese momento, se convirtió en el poeta que fue. No me interesaba la imagen que habitualmente tenemos de él como alguien envejecido, distante, sabio, sino el Kavafis que quería ser poeta. Porque Kavafis no tenía el talento explosivo de un Rimbaud, y en París dio ese salto descomunal a la poesía. Para mí, como escritora, esa historia fue el pretexto para averiguar cuál es el mecanismo de la creación literaria", añade.

Qué queda de la noche es la segunda novela de Sotiropoulos traducida al castellano. En 2008, llegó, rodeada de polémica, *Zigzag entre naranjos amargos*, por la que recibió ese mismo año los dos mayores premios literarios de Grecia (el Na-

"Somos el chivo expiatorio de una crisis global"

Ersi Sotiropoulos no clude pronunciarse sobre la situación que vive Grecia, a punto de concluir el tercer rescate económico: "No tengo nada claro que vaya mejor. Ya no se habla de Grecia fuera, y por eso puede parecer que mejora... Somos el chivo expiatorio de una crisis global. El Estado social se deshace, los derechos adquiridos desaparecen... Y la creación artística se relega. Dicen que el arte debe ser lo último en tiempos de crisis porque no sirve para nada, pero eso es una estupidez. Es como el juego para los niños: no tiene la importancia de la leche, pero sin el juego no pueden crecer bien".

cional de Literatura y el de la Crítica) y también el sonoro revés de la censura. "La justicia prohibió el libro porque un abogado fundador de dos grupos neonazis lo denunció y pidió que se retirara [de las bibliotecas escolares] por pornográfico, pero no había nada de pornografía en él. Dudo incluso que lo leyeran quienes lo condenaron. Había una ideología detrás de todo esto", explica.

Sin salida

"Aunque nos parezca extraño, la censura vuelve, sí... Sin embargo, considero que mucho más peligrosa que la censura es la autocensura, que existe y es la de lo políticamente correcto, de lo que debe ser, todo eso que llegó de América y se ha extendido por Europa", opina.

Hablar de censura sin hacerlo de crisis —o de las veleidades del mercado, a menudo ligadas al estado de la economía— resulta difícil. "Grecia es un país pequeño, con una población pequeña [unos once millones de habitantes], y no hay salida para una gran producción literaria. La crisis lo primero que golpea es al libro, de manera que se publican solo los que los editores creen que se van a vender, en detrimento de la calidad. Las obras más difíciles, experimentales, te las van a rechazar, porque los editores arriesgan muy poco", mantiene.

Así que, con la excepción del fenómeno Márkaris, "que tiene muchos fans también en Grecia", no ha lugar para apuestas de riesgo, y muy poco para exportar literatura contemporánea. "No existen ayudas a la traducción; por eso llega tan poca literatura actual al mercado extranjero. Por la crisis, cerró el Centro Nacional del Libro, también el de traducción. Las grandes explosiones literarias, como la ocurrida hace años en Escandinavia, han tenido detrás una decidida política cultural por parte del Estado, pero en Grecia eso no existe". ¿Puede que ello explique también el general desconocimiento de la cultura griega contemporánea en España? "Para la mirada de los extranjeros, entre la Grecia de la antigüedad y la Grecia de la musaka y el mar no hay nada en medio, no hay ningún interés...", lamenta.

TIPO DE LETRA

Javier Rodríguez Marcos

Los tristes de la fiesta

La revista 'Madriz' se saltaba las convenciones narrativas para acercarse a la poesía

Hoy que es la fiesta nacional de este distrito federal sin atributos es buen momento para recordar que en un tiempo Madrid se llamó *Madriz*. Ese es el nombre que un grupo de pioneros comandados por Felipe Hernández Cava puso a una revista de historietas patrocinada por el Ayuntamiento de Tierno Galván. Como todo lo que pasaba en este poblachón manchego, la noticia no tardó en llegar a las provincias, que se llenaron de ferias del fanzine y el cómic y de publicaciones urbanas, a imitación de aquella en la que dibujaban consagrados y jóvenes como Carlos Giménez. Ops (otro de los nombres de El Roto), Victoria Martos, LPO, Ana Juan, Asun Balzola, Raúl o Fernando Vicente.

Vista desde la periferia, *Madriz* captó tan bien el espíritu de los tiempos que parecía que siempre hubiera estado allí. La verdad es que duró tres años: de 1984 a 1987. Llegó a vender 15.000 ejemplares y a crear escuela, pero la travesía tuvo sus episodios de surrealismo municipal. A la altura del número cuatro, Alianza

Popular (otro de los nombres del PP) pidió su retirada. El prometedor Alberto Ruiz-Gallardón, entonces concejal de 26 años, consideraba que una historietita de Ceesepe ridiculizaba a Franco. Y el no menos prometedor José María Álvarez del Manzano, que llegó a alcalde, subrayaba que la revista estaba repleta de "alusiones al mundo de la droga". "Repugnante, blasfema y contraria a la familia", acusaron. Como diría Woody Allen, con esas tres ideas como lema de campaña cualquiera saldría elegido presidente de Francia.

Cuando *Madriz* llegó por primera vez a los quioscos, la acusaron también de competencia desleal: la ventaja del dinero público. Sus promotores respondieron que no hacían más que llenar el hueco que dejaban sus ilustres colegas, que daban poca cancha a los dibujantes españoles. El caso es que también contribuyeron a llenar otro hueco: el de la experimentación. A veces de línea clara, a veces de línea chungu, transvanguardistas o expresionistas según conviniese, sus páginas se saltaban las

convenciones narrativas para acercarse al territorio de la poesía.

Uno de los autores señeros de aquella revista y de aquel espíritu fue Federico del Barrio, capaz de citar a Pessoa sin que chirriara la viñeta. Algunos descubrimos al portugués en sus dibujos y en los guiones de Elisa Gálvez. Cuando salió *Madriz*, Del Barrio tenía 27 años pero ya había colaborado en la francesa *Pilote* y en las españolas *Totem*, *Rambla* y *Cimoc*. Aunque en los noventa publicó varios álbumes con guion de Hernández Cava —con el que ahora, bajo el seudónimo de Caín, publica a diario en la tercera página de *La Razón*—, sus historietas del *Madriz* se habían quedado en *La orilla*, un libro de 1985. Por eso es un pequeño acontecimiento que Reino de Cordelia las recopile esos días en el volumen *Tiempo que dura esta claridad*. Frágiles e inseguros, taciturnos en un tiempo de parlanchines, los personajes que lo pueblan viven con la maleta hecha. Son los que siempre quieren irse y siempre se quedan, los tristes de la fiesta.